X

A LOS DOS AÑOS

Genio y figura del estilo

por Juan REJANO

Dejó, al morir, incompleta, su mejor obra, acaso. Aquella obra — «El ruedo ibérico» — que nos acercaba los intersticios pintorescos (grotescos) del XIX español, con una exactitud de que sólo es capaz la imaginación trepando sobre la Historia. En cambio, nos dejó, recortada, limpiamente ceñida a los anales de nuestros días, su jerarquía humana. Popular y generosamente humana. Los ojos cerrados para siempre en aquellos paisajes celtibéricos que le traían resonancias infantiles, completaron una vida que se diría nacida para lo heroico, y, para cuya función egregia, le había sido dada un arma deliciosamente peligrosa: el estilo. Todo lo que no es estilo era en él accesorio. En el arte y en la vida. En la creación y en la pasión. Estilo, que no es arqueología académica, ni amaneramiento estético, sino simple y vertical personalidad. Carácter, Raíz y verificación del ansia de inmortalidad que corre a lo largo de toda vida singular.

* * *

De las sonatas a las comedias bárbaras y de las comedias bárbaras, a los esperpentos, hay tres hilos divergentes de concepción artística, y una sola pasión de estilo. Valle-Inclán nació a la vida literaria con la suavidad romántica del decadentismo culterano, ascendió por los paisajes raciales con tipos y reminiscencias de una edad media axtravasada de color, y llegó a un hito de realismo simbólico que arrancaba de la belleza desenfrenada de la blasfemia y terminaba en el barroco caliente de la sátira. Y ahí realizó su obra españolísima. Es decir, ahí se encontró él. Ahí halló su verdadero acento. Y, también, sus ecos más perdurables. En los esperpentos. En ese género nacido y finalizado en él, que se abre en «Luces de Bohemia» y cierra en el incompleto «Ruedo ibérico». Episodios, a veces imaginados, a veces vividos, de la España mendiga o cortesana, que son todo un tratado social de dramáticas rebeldías, con sólo una ascendencia legítima y genial en la creación estética: Goya.

* * *

No ha habido en la vida española, durante los últimos cuarenta años, una figura de tan acusado carácter como don Ramón del Valle-Inclán. Pasó por ella con la grandeza de un hidalgo cordial y orgulloso y la fanfarronería de un mendigo señorial y anárquico. Vivió en angustias permanentes de gloriosa pobreza, defendida con una feroz honestidad. Y pasó, con bravura, su independencia, estrechada de penurias, por un país donde los tahures y los ladrones llegaban a ministros y los especuladores desplazaban en todas partes a los intelectuales. Pudo ser el señuelo de las minorías reaccionarias — aquellas hediondas minorías selectas — y prefirió entregar su arte al pueblo, al cual defendió, en más de una ocasión, a garrotazo limpio — o mandobles donquijotescos — en las calles españolas, erizadas de esbirros capitalistas. Y murió repartiendo locuras y sueños, esperanzas y genialidades, como en cualquiera de sus fantasmadas horas.

Fué el arquetipo de España. Don Ramón María del Valle-Inclán, pobre de solemnidad y rico de insobornable estilo.

CUENTOS

UNA ESTRELL

por

I

DESDE pequeño—apenas doce años, desnudrajillos y dalles—había soñado con una estrella roja. Las había visto, pintadas, alguna vez que su padre lo llevó a la casa del Partido; grandes estrellas de cinco puntas, todas rojas, al costado de alguna consigna marxista. Luego más pequeñitas, en el casco pintado de algún soldado soviético, en los carteles que pegaban a las paredes del Radio. Pero la estrella que más le gustó—ya había cumplido los catorce años y voceaba por las calles la Prensa del Partido—fué una estrella pequeñita, emblema de un Sindicato soviético, que trajo su padre, al regreso de un viaje a la U. R. S. S. La lucía el hombre sobre la solapa de su «mono» de mecánico, con tanto orgullo...

Pero era toda gris.

Y Manuel—se llamaba Manolo—soñaba con una estrella roja.

II

A su padre lo mataron durante una huelga. Un sablazo en la cabeza. Cayó en la Plaza de la Cibeles, frente al Ministerio de la Guerra. Sus dedos chatos y ennegrecidos de mecánico se habían crispado en el espasmo definitivo.

Manuel siguió vendiendo Prensa del Partido. Era el que más corría, llevando «Mundo Obrero» debajo del brazo, el que más alto gritaba: «Organo central del Partido Comunista», cuando cruzaba junto a las beatas, que volvían de las funciones nocturnas, y frente a los señoritos, que sa-

lían de «Molinero» y del bar «Chicote». Se familiarizó con las estrellas de todos los colores. El mismo las vendía, en los mitines y festivales, organizados por el Partido y por las Juventudes. Pero seguía soñando con aquella estrella roja que aún no había logrado poseer. Y cada vez que los delegados españoles salían camino de la Unión Soviética, Manuel se las componía para abordarles: «A ver si me traes de la U. R. S. S. una estrella roja».

Tenía que ser de la U. R. S. S. Estrella verdaderamente roja, verdaderamente libre.

Entonces tenía quince años y pertenecía a las Juventudes Socialistas Unificadas. Tenía su uniforme azul de miliciano, con su flamante corbata roja, que lucía en las manifestaciones, con mucho orgullo. Y exclamaba para sí mismo, al admirarse en los escaparates de los comercios, de los Cuatro Caminos: «Sólo me falta «mi» estrella roja».

III

Al fin aquella primavera del año 1936 consiguió la estrella soñada. Un compañero, de regreso de la URSS., de vuelta de las alegres fiestas de mayo, le trajo una insignia. Era una estrella roja, completamente roja.

Manuel la colocó en su «mono» azul, y la lucía lleno de orgullo. La mostraba a todo el mundo, en la calle, en el Radio, en la Casa del Partido.

—Me la han traído de la Unión Soviética.

Prendida en solapa la estrella roja de Manuel, fué una de las primeras amenazas que se opusieron a la rebelión de julio en Madrid. Consiguió una pistola, que apenas sabía manejar y colocó sobre su manga derecha un brazalete con la inscripción de la J. S. U. Y entonces sí que brillaba de verdad la estrella roja, venida de la U. R. S. S.

Todos la conocían.

Hizo guardia en las calles de Madrid, la noche del 18 de julio, a la búsqueda de los «pacos» emboscados en los balcones y ventanas de las casas «bien». Patrulló durante toda aquella larga noche, con los nervios en tensión y una alegría muy grande desbordándole en los ojos y en los labios juveniles. Pisó con fuerza en

LOS SOLDAI POR LA PI

Por la Plaza Roja marchan los soldados; diluyen la nieve sus recios zapatos.

—Las torres del Kremlin soldados parecen: con rojas estrellas se adornan la frente

espuelas de les muerden

—Yo nací
—Ya nací er
Mas hoy mi
lo abreva el

Claros cor

los libros

«La Sanidad en la compañía de Infantería»

Sin duda alguna pocos libros tan útiles se han escrito durante nuestra guerra como este que acabamos de leer. Los autores de «La Sanidad en la compañía de Infantería», Goryan y Rodríguez Pérez, se proponen dotar al combatiente sanitario de los conocimientos elementales y precisos para desarrollar su tarea de una manera eficaz e idónea porque tienen la firme convicción de que sin sanidad de compañía no hay sanidad posible en nuestro Ejército. El propósito, por consiguiente, es nobilísimo. Y además consiguen desenvolverlo plenamente. Sus experiencias diarias en el campo de la lucha y su cultura sanitaria les sirven de base apropiada para ello.

El libro lleva profusos dibujos y fotografías para ilustración de sus enseñanzas, y está editado con singular buen gusto tipográfico y artístico.

revistas

«25 División»

Una nueva revista de guerra ha venido a incorporarse al gran número de revistas editadas por las Brigadas, Divisiones y Batallones de nuestro bravo Ejército Popular. Todas estas revistas señalan las ansias de progreso y cultura de nuestros soldados del pueblo, pero marcan, al propio tiem-

LA FIESTA DEL NIÑO

Dará comienzo esta noche con un acto radiado a toda España

Esta noche, a las diez, tendrá efecto un acto para dar comienzo a la Fiesta del Niño, que será radiado desde Barcelona a toda España.

El acto se sujetará al siguiente programa:

Primero. — «Significación de la Fiesta del Niño», por Luis Afaminos, de la Comisión Nacional.

Segundo. — Canción popular, interpretada por los alumnos del Instituto Escuela.

Tercero.—Romance de Emilio Prado

Cuarto. — Un tiempo de «El rincón de los niños», de Debussy.

Quinto. — Lectura de unas cuartillas de Antonio Machado.

Sexto. — Canción popular, interpretada por los alumnos del Instituto Escuela.

Séptimo. — Palabras del subsecretario de Instrucción Pública, sobre la Fiesta del Niño.